

Yo no sé qué signifiquen 90 años. Miro viejas fotografías de la Sinfónica de Xalapa y pienso que aquellos primeros músicos experimentaron, con los corazones trémolos y los dedos trinos, la alegría de su fundación. Leo una laudatoria reseña de sus inicios, donde se cuenta la osadía del primer cambio de instrumentos, de los alientos primigenios a las cuerdas fundamentales, aquella madrugada de 1929 en que llegaron a oídos del señor gobernador las tersas notas que conjuraron la idea de una orquesta para siempre. Imagino el sonido de los pasos que se acercan a la casa, de los murmullos poniéndose de acuerdo entre las sombras o afinando las cuerdas en el certero instante, de los cielos esparciendo el germen de la primera sinfonía que, meses más tarde, sería interpretada en la entonces Jalapa (así, con jota, sin la equis en la frente). Pero solo me imagino, porque, junto con los sonidos que volaron aquella madrugada previa a la consagración, todos esos testigos del primer momento se han marchado. ¿Y a mí qué me dejaron? Un montón de pasados inciertos cuya música ya no será sino historia, y los armónicos de un sueño que no sabremos si aquellos hombres, alguna vez miembros de la Banda de Rurales y luego fundadores de nuestra querida Orquesta Sinfónica de Xalapa, pudieron vislumbrar.

De modo que aquí estoy, en este extremo de la historia, invocando más imaginaciones que certezas y percatándome de que en otro tiempo no me había preguntado acerca de los fundadores de aquel mítico organismo que exuda música de concierto cada viernes en esta pequeña ciudad latinoamericana asentada entre montañas a la que tanto le ha dado y de la que tanto he tomado. Digo que no me había preguntado por su origen

YO NO SÉ QUÉ signifiquen 90 AÑOS

Luis David Meneses Hernández

El verdadero concierto, entonces, no está centrado en la orquesta como una entidad homogénea, única e indivisible, sino en la conjunción de las sensibilidades y emociones de quienes trabajan para traerla a existencia con el esfuerzo de sus manos y su aliento. Y en esta conjunción de los talentos donde los músicos comienzan un intercambio audible con su público.

con la misma ingenuidad de quien da por sentado que las cosas de la cultura han de tener existencia por derecho natural, por el solo hecho de provenir de los mejores impulsos creativos de la humanidad; pero estamos cerrando una década y abriendo otra que, al coronar su plenitud, le abrirá a este organismo las puertas de la inmortalidad como un místico cerrojo que no guarda otro secreto que las mieles de la gloria imperecedera. Y como conviene ahora conjurar el repliegue de las sombras futuras y redimir las presentes, por eso canto, y me preparo a cantar con mis letras, que son la breve memoria de un instante presenciado en el tercio más cercano de su existencia, la luz que habita en sus sonidos.

Para hacerlo invoco en mi memoria cuatro etéreos movimientos de las manos musicales, como nacidas de una cósmica batuta que me ha dado dirección y me ha tendido puentes hechos de notas, ritmos y silencios, ligando así la música y la orquesta a mi camino.

El primero, que es también el más evidente, consiste en el acto generoso del concierto. Pero, contrario a todo afán reduccionista, he pensado que este desborda la serie de acontecimientos que comienzan en el momento en que la orquesta ataca la primera nota de la partitura para generar un flujo cadencioso y se prolongan hasta la gloria majestuosa del cierre en ovaciones. El verdadero concierto, entonces, no está centrado en

Gracias a los conciertos didácticos que suele ofrecer la orquesta a grupos de escuelas primarias e incluso secundarias, la ciudad ha tenido niños que se inician en el camino profesional de la música, y muchos otros que, aunque no lo persiguen, como yo, quedan fascinados para siempre con el universo sonoro.

la orquesta como una entidad homogénea, única e indivisible, sino en la conjunción de las sensibilidades y emociones de quienes trabajan para traerla a existencia con el esfuerzo de sus manos y su aliento. Y en esta conjunción de los talentos donde los músicos comienzan un intercambio audible con su público. Ellos ofrecen virtuosismos y cadencias, y los corazones les devuelven pasión y entusiasmo. Todo esto permite comprender el concierto como un espacio de diálogo que se construye entre el director, con su batuta, los músicos, con sus manos, y las caricias que la música le hace a los oídos del público que, a su vez, ha tenido cuidado de pasar de boca en boca y de mano en mano la noticia, los boletos y las condiciones básicas para su estancia dentro de la sala. Se abre así, cada viernes, un espacio de diálogo tan fructífero como la disposición de ánimo con que se establezcan los interlocutores en la sala, y tan eficaz como lo permita la pericia de unos y otros para celebrar la marea de las ondas sonoras llenando el espacio en una misma dirección.

En otros textos quizás primarían la figura del persistente concertino Míkhail Medvid, o de los directores titulares que ha tenido la orquesta en los últimos años, entre los que se cuenta a Savín, Prieto, Lozano y Marcelletti, a quienes, por la fuerza de la costumbre, el público ha tenido en gran estima o ha tratado con se-

veridad; con algo más de oficio de escritor, habrá quien hable en específico de uno de los maestros trombonistas o de cierta maestra que, entre los segundos violines, continúa con el legado de su padre violinista, o del recientemente fallecido contrabajista que era imagen de ternura y voluntad vital para muchos. Aprovecho aquí, sin embargo, para recordar también el trabajo más silencioso del personal operativo, los tramoyistas, el personal de la sala, de la boletería, o también los encargados del cáterin en los conciertos especiales o de la transmisión en vivo de cada evento. Recuerdo ahora que mi tía formaba parte de ese personal, con su uniforme impecable y su sonrisa perpetua, y cuando éramos niños, a mi hermana y a mí nos entraba una alegría y un orgullo especial de solo ir a saludarla antes de que comenzara el concierto.

Recuerdo también que, después de muchas décadas de no contar con un espacio propio, la orquesta se emancipó de la sala grande del Teatro del Estado tan solo unos años después de que esta fuera bautizada en honor del dramaturgo, como si aquella presencia reclamase todo el espacio posible para sí, ahogando la música a pesar de todos los intentos por mejorar la acústica del hasta entonces único recinto capaz de albergar a la Sinfónica. Y entonces llegó Tlaqná, su propia casa, en la que apenas ha estado seis años y de la cual lo único que se extraña

es que no haya sido diseñada para albergar también espectáculos de ópera. A pesar de esto, mantengo presente la sensación de la primera vez que visité la sala. Toda ella plena de luz y de reflejos, invitaba a la expansión de la memoria y se quedó grabada en mi emoción como un bello laberinto. Recuerdo haber pensado en los paneles acústicos como un mapa orográfico de algún planeta extraño en donde las líneas curvas se ven siempre estrechadas por las rectas, y en ese embelesamiento de la imaginación y de la memoria fue que conocí la satisfacción de ver cumplida una victoria que, al fin miembro del público, bien pronto reclamé como propia: la casa de la música se hallaba dispuesta a recibirnos, a expertos y neófitos por igual, con las puertas abiertas a los conciertos de la Sinfónica.

Y a propósito del nombre, yo no sé en qué momento de estos años comenzamos a llamarle “la Sinfónica”, así, a secas; o si todos los xalapeños (que, estampados con la equis en la frente, hemos abjurado de la identidad propuesta por la discontinuada jota inicial) nos refiramos así a ella por esa coloquial costumbre que tenemos en el español de México de acortar con metaplasmos todo nombre, o si es por un criterio de unicidad y totalidad, grabado en el corazón de la semántica de la lengua como infiriendo lo que confirma la historia: que fue la primera orquesta sinfónica del país, y para todos los fines prácticos, la única que se alzó con la batuta aún antes que la capital, reivindicando así a los estados de provincia en un país que, tal como se vuelve a ver ahora, está siempre tentado a centralizar todas sus actividades, y en especial las relacionadas con la cultura. El segundo movimiento que ahora invoco en la memoria es el acto indispensable de la enseñanza.



La violonchelista Margarita Olalde, primera mujer integrante de la osx. Col. Francisco Sánchez. Archivo de la familia Sánchez.



Claudio Arrau en Xalapa, 1945. Col. Francisco Sánchez. Archivo de la familia Sánchez.

Cualquier empresa que pretenda la gloria imperecedera de la que hablaban los antiguos se lanzará en picada hacia el abismo si carece de una base de discípulos y seguidores en quienes depositar su legado. La Sinfónica no es la excepción. Quizás suene soberbio afirmar que es de todos conocido que, por su parte, casi cada uno de sus miembros ha incursionado en la enseñanza; pero lo diré de todos modos: en mayor o menor medida, cada maestro de la orquesta ha conseguido discípulos, (y algunos, hasta detractores). Si bien es cierto que, vista de cerca, resulta extraña la escasa colaboración entre las dos grandes instituciones de la música de nuestra máxima casa de estudios, tampoco podríamos negar que a muchos aspirantes a la Facultad de Música de la Universidad Veracruzana los han preparado los maestros de la Sinfónica.

Gracias a este impulso educativo conocí, en mi adolescencia, a dos prominentes músicos mexicanos: el maestro Horacio Franco y el maestro Jesús Suaste. Yo, por entonces, comenzaba

mis estudios de violín (y aunque mis notas no eran del todo malas, le faltaba fluidez a mi interpretación) y mi mentora organizó un par de clases maestras con ellos para su grupo de alumnos. Conocer a estos invitados de la orquesta cambió mi forma de ver la música de concierto. Así que fuimos a escucharlos y a ser escuchados por ellos, a recibir sus consejos y a tomar en cuenta sus observaciones acerca de nuestro trabajo. A tantos años de distancia, entiendo ahora por qué el maestro Franco, con su peculiar estilo, me quitó la imagen de profunda formalidad que le había añadido a los músicos profesionales como resultado de los fracs y la pulcritud de la indumentaria *dominó* que yo observaba en cada concierto de los miembros de la Sinfónica. El maestro Suaste, por su parte, me llevó a apreciar los colores de la voz, que ni siquiera había imaginado que existiesen en mis incipientes inicios en el universo musical. Pero sobre todo, ambos me enseñaron la humildad y la sencillez con la que un profesional comparte lo que ama.

Quizás el primer recuerdo que guardo de la Sinfónica es el de un concierto didáctico al que asistí en mi infancia. De todo lo escuchado, quedó en mi memoria la imagen de uno de mis compañeros dirigiendo con brazo certero y ánimo marcial alguna de las piezas con las que el director de entonces nos enseñaba mediante el juego, una costumbre que ha permanecido en la orquesta aun en medio de todos los cambios que ha experimentado con el advenimiento del nuevo milenio. Gracias a los conciertos didácticos que suele ofrecer la orquesta a grupos de escuelas primarias e incluso secundarias, la ciudad ha tenido niños que se inician en el camino profesional de la música, y muchos otros, que aunque no lo persiguen, como yo, quedan fascinados para siempre con el universo sonoro. Como parte del proceso educativo que le ha dejado la Sinfónica al ambiente cultural de la ciudad también habría que tomar en cuenta la suavidad efímera de las transmisiones en vivo, mucho tiempo guiadas celosamente bajo la conducción de Jorge Vázquez



Henryk Szeryng, solista de la osx en varias ocasiones, desde 1945. Col. Francisco Sánchez. Archivo de la familia Sánchez.

Pacheco, voz que, cada vez que la vuelvo a escuchar, me sigue transportando a lo profundo de la infancia. El tercer movimiento que llamo a la memoria es el acto jubiloso de los sueños inspirados. En la época de la música de microondas y la comida sintética, al abrigo de las causas políticas efímeras y del ping-pong de opiniones en las redes sociales, ir un viernes al concierto de la Sinfónica requiere no solo una sensibilidad especial, sino paciencia. Pero sobre todo, la capacidad para soñar, para dejarse envolver en un lenguaje altamente codificado, que sin embargo, parece propio apenas comienza a resonar dentro de uno mismo. De todos esos sueños que he visto florecer, tomo un par en este instante para compartir una verdad que me acompaña: la música abre puertas que las palabras, de otro modo, no podrían forzar. Y entre todos aquellos que han cruzado dichas puertas, me ha tocado vislumbrar, como testigo de los armónicos revelados, que los sueños infantiles cobran fuerza hasta llevar a los pequeños a latitudes inimaginadas. Una pequeña así fue mi prima, a quien en su juventud vi separarse de esta tierra para ir tras los soni-

dos adecuados a las cuerdas de su instrumento, a quien en su madurez vi regresar como solista invitada por la Sinfónica, para llenar de concierto su guitarra bajo el signo de *Aranjuez*. Otros corazones que soñaron al abrigo de la orquesta y de cuyos sueños puedo anunciar la victoria son los de Rubén y de Francisco, padre e hijo dedicados a la música, amantes de las artes y de la ópera, en quienes la fuerza de su dicha plantó la necesidad de buscar un espacio donde florecerá como nunca antes la música de concierto indisolublemente unida a las óperas y sus libretos.

El cuarto y último movimiento que, imitando a una sinfonía, invoco, es la persistencia de la música en mi camino. Es, quizá, la confesión más personal de las que hasta ahora he vertido aquí. A tantos años de haber comenzado un camino acompañado por los músicos de concierto (algunos de ellos mis mejores maestros, entre los que se encuentra mi hermana, pianista y teórica musical), sigo soñando con la Rusia de Tchaikovsky, con los relatos orientales de la Scheherezade de Rimski-Korsakov, con el estruendo sonoro de Beethoven, pero so-

bre todo con el mosaico sinfónico de Moncayo, de quien me gusta imaginar que trazó la ruta de un viaje a través del México profundo, el de los bailes y las calles, el de los montes y los valles. Escucho toda esta música de concierto, que me llegó primero a través de la Sinfónica, y sueño en otros viajes y tiempos futuros. Yo no conozco el devenir completo de la Orquesta Sinfónica de Xalapa con la precisión meticulosa del historiador, ni siquiera presumo de tener la valentía del aficionado, que colecciona anécdotas útiles para colorear los aplausos celebratorios o las conversaciones en los brindis con copa en mano y restos de canapés entre las muelas. Pero conozco algunas vidas ligadas indisolublemente a ella, alrededor de las que hasta ahora he comparado mi experiencia. Sirvan estas líneas, pues, como invocación devota: yo no sé qué signifiquen 90 años, pero al menos 30, para mí, han sido vida, vida y paz. **LPyH**

Luis David Meneses Hernández es docente de tiempo completo de la Facultad de Letras Españolas (UV), entusiasta de la lingüística y músico aficionado.